

THE WHITE HOUSE

Oficina del Secretario de Prensa

Declaraciones del Presidente Barack Obama – “Una coyuntura de oportunidades”

Departamento de Estado

19 de mayo, 2011:

Quiero agradecerle a Hillary Clinton, quien ha viajado tanto en los últimos seis meses, que está por alcanzar un nuevo hito: un millón de millas recorridas. Cuento con Hillary todos los días y considero que pasará a la historia como uno de los mejores secretarios de Estado de nuestro país.

El Departamento de Estado es un lugar adecuado para conmemorar un nuevo capítulo en la diplomacia estadounidense. Durante seis meses, hemos sido testigos de un cambio extraordinario en el Oriente Medio y África del Norte. Plaza por plaza, ciudad por ciudad, país por país, el pueblo ha salido a las calles para exigir sus derechos humanos básicos. Dos líderes han dejado el poder. Es posible que los sigan otros. Y aunque estos países estén muy lejos de nuestras costas, sabemos que nuestro propio futuro está vinculado al de esta región por las fuerzas de la economía y la seguridad; la historia y la religión.

Hoy me gustaría hablar sobre este cambio: las fuerzas que lo impulsan y las maneras en que podemos responder de una manera que promueva nuestros valores y aumente nuestra seguridad. Ya hemos hecho mucho para modificar nuestra política exterior tras una década definida por dos costosos conflictos. Tras años de guerra en Irak, 100,000 soldados estadounidenses han retornado, y hemos concluido nuestra misión de combate ahí. En Afganistán, hemos interrumpido el avance del Talibán y en julio comenzaremos a traer a nuestras tropas de regreso y continuar haciendo la transición a liderazgo afgano. Tras años de guerra contra Al Qaida y sus afiliados, le hemos asestado un gran golpe a Al Qaida al eliminar a su líder, Osama bin Laden.

Bin Laden no fue ningún mártir. Fue un asesino en masa que ofrecía un mensaje de odio: insistía en que los musulmanes tenían que tomar armas contra Occidente y que la violencia contra hombres, mujeres y niños era la única vía al cambio. Rechazaba la democracia y los derechos individuales de los musulmanes, en favor del extremismo violento. Su plan se centraba en lo que podía destruir; no en lo que podía construir.

Bin Laden y su visión asesina lograron algunos partidarios. Pero incluso antes de su muerte, Al Qaida ya estaba perdiendo la carrera por relevancia, ya que una mayoría abrumadora vio que la matanza de inocentes no respondía a su clamor por una vida mejor. Cuando encontramos a bin Laden, el plan de Al Qaida ya era considerado por la gran mayoría de la región como un callejón sin salida, y los pobladores del Oriente Medio y África del Norte habían tomado su futuro en sus propias manos.

Esta historia de autodeterminación se inició hace seis meses en Túnez. El 17 diciembre, un joven vendedor llamado Mohammed Bouazizi quedó desolado cuando un policía confiscó su carreta. No fue algo inusual. Es el mismo tipo de humillación que tiene lugar todos los días en muchas regiones del mundo: la implacable tiranía de los gobiernos que les niegan la dignidad a sus ciudadanos.

Pero esta vez, sucedió algo distinto. Después de que los funcionarios locales se rehusaron a oír su queja, este joven que nunca había participado activamente en la política acudió a la sede del gobierno provincial, se empapó de combustible y se prendió fuego.

A veces, en el curso de la historia, los actos de ciudadanos comunes y corrientes inician movimientos a favor del cambio porque responden a un anhelo de libertad que se lleva acumulando durante años. En Estados Unidos, piensen en el desafío de los patriotas en Boston que se rehusaron a pagarle impuestos a un rey, o en la dignidad de Rosa Parks, quien se sentó valientemente en su asiento. Lo mismo sucedió en Túnez, cuando el acto desesperado del vendedor encontró eco en la frustración sentida por todo el país. Salieron a las calles cientos de manifestantes, luego miles. Y ante las porras y a veces balas, se rehusaron a irse a casa, día tras día, semana tras semana, hasta que un dictador de más de dos décadas finalmente abandonó el poder.

La historia de esta revolución y de las que le siguieron no debe ser ninguna sorpresa. Los países del Oriente Medio y África del Norte obtuvieron su independencia hace mucho tiempo, pero en demasiados lugares, el pueblo siguió oprimido. En demasiados países, el poder se concentró en manos de unos pocos. En demasiados países, un ciudadano como el joven vendedor no tiene a quién acudir, no tiene un poder judicial honrado que escuche su caso; ni una prensa independiente que le dé voz; ni un partido político digno de crédito que represente sus opiniones; ni elecciones libres e imparciales en las que puede elegir a su gobernante.

Esta falta de autodeterminación –la oportunidad de hacer lo que uno desea de su vida– también se aplica a la economía de la región. Sí, algunos países tienen la suerte de contar con la riqueza del gas y petróleo, y eso ha resultado en focos de prosperidad. Pero en una economía internacional basada en los conocimientos y la innovación, ninguna estrategia para el desarrollo se puede basar exclusivamente en lo que se extrae del suelo, y la gente no puede alcanzar su potencial cuando no se puede abrir un negocio sin tener que pagar sobornos.

Ante estos desafíos, muchos líderes en la región trataron de reorientar los reclamos de sus pueblos hacia otros países. Se culpó a Occidente de ser la raíz de todos los problemas, medio siglo después del fin del colonialismo. El antagonismo hacia Israel se convirtió en la única válvula aceptable de expresión política. Las divisiones de tribu, origen étnico y secta religiosa fueron un instrumento en las manipulaciones para aferrarse al poder o privar a otros de él.

Pero los acontecimientos de los últimos seis meses muestran que las estrategias de represión y distracción ya no funcionan. La televisión por satélite y el Internet ofrecen una ventana a un mundo más extenso, un mundo de progreso asombroso en lugares como la India, Indonesia y Brasil. Los teléfonos celulares y las redes sociales permiten que los jóvenes se conecten y organicen como nunca antes. Ha surgido una nueva generación, y sus voces nos dicen que no se puede negar el cambio.

En El Cairo, oímos la voz de una madre joven que dijo, “Es como si por fin pudiera respirar aire fresco por primera vez”.

En Sanaa, oímos estudiantes vitorear, “La noche debe llegar a su fin”.

En Bengasi, oímos a un ingeniero decir, "Nuestras palabras ahora son libres. Es una sensación que no es posible explicar".

En Damasco, escuchamos a un joven afirmar, "Después del primer grito, el primer clamor, sientes dignidad".

Esos gritos de dignidad humana se están escuchando en toda la región. Y por medio de la fuerza moral de la no violencia, los pueblos de la región han logrado más cambios en seis meses de los que los terroristas lograron en décadas.

Por supuesto que el cambio de esta magnitud no es fácil. En nuestros tiempos –una era de ciclos noticiosos de 24 horas y comunicación constante– la gente espera que la transformación de la región se resuelva en cuestión de semanas. Pero pasarán años antes del final de esta historia. Mientras tanto, habrá días buenos y días malos. En algunos lugares, los cambios serán rápidos; en otros, graduales. Y como hemos visto, llamados al cambio dan lugar a contiendas feroces por el poder.

La cuestión ante nosotros es qué papel desempeñará Estados Unidos a medida que esta historia se desenvuelve. Durante décadas, Estados Unidos ha ido en pos de un conjunto de intereses básicos en la región: combatir el terrorismo y detener la propagación de armas nucleares; asegurar el libre flujo de comercio y salvaguardar la seguridad de la región; defender la seguridad de Israel y procurar la paz entre árabes e israelíes.

Continuaremos haciendo esas cosas, con la firme convicción de que los intereses de Estados Unidos no son hostiles a las esperanzas de los pueblos; son esenciales para ellas. Consideramos que nadie se beneficia de una carrera de armas nucleares en la región ni de los ataques brutales de Al Qaida. Los pueblos de todo el mundo, incluidos los de la región, verían la paralización de su economía si se interrumpiera el suministro de energía. Como fue el caso en la Guerra del Golfo, no toleraremos la agresión a través de fronteras. Cumpliremos con nuestras promesas a amigos y aliados.

Sin embargo, debemos reconocer que una estrategia basada exclusivamente en la búsqueda exclusiva de estos intereses no llenará estómagos vacíos ni permitirá que la gente se exprese libremente. Es más, si no se respaldan las aspiraciones más extensas de la gente promedio, se alimentarán las sospechas que pululan desde hace años de que Estados Unidos va en pos de sus propios intereses a costa de los intereses de los demás. Ya que esta desconfianza es mutua –pues a los estadounidenses nos ha afectado la toma de rehenes, retórica violenta y ataques terroristas que han matado a miles de nuestros ciudadanos– una falta de cambio en nuestra estrategia amenaza con una espiral cada vez más profunda de divisiones entre Estados Unidos y comunidades musulmanas.

Por eso, hace dos años en El Cairo, comencé a aumentar nuestra participación en base a intereses mutuos y respeto mutuo. Pensaba entonces –y sigo pensándolo– que no solo está en juego la estabilidad de las naciones sino también la autodeterminación de las personas. El status quo no es sostenible. Las sociedades unidas por el temor y la represión quizá ofrezcan la ilusión de estabilidad por un tiempo, pero están construidas sobre fallas estructurales que, tarde o temprano, llevarán al colapso.

Por lo tanto, enfrentamos una oportunidad histórica. Hemos aprovechado la oportunidad para mostrar que Estados Unidos valora la dignidad del vendedor callejero de Túnez más que la fuerza bruta del dictador. No debe haber la menor duda de que Estados Unidos de América acoge el cambio que promueve la autodeterminación y las oportunidades. Sí, ciertos peligros acompañarán esta coyuntura que tanto promete. Pero tras aceptar por décadas las cosas como son en la región, tenemos la oportunidad de ir en pos del mundo como debe ser.

Al hacerlo, debemos proceder con humildad. No fue Estados Unidos el que motivó a la gente a salir a las calles de Túnez y El Cairo; fue la gente misma la que inició estos movimientos y debe determinar su desenlace. No todo país seguirá nuestro estilo particular de democracia representativa, y habrá momentos en los cuales nuestros intereses a corto plazo no estarán alineados perfectamente con nuestra visión a largo plazo de la región. Pero podemos pronunciarnos –y así lo haremos– por un conjunto básico de principios que han guiado nuestra respuesta a los sucesos en los últimos seis meses:

Estados Unidos se opone al uso de violencia y represión contra los pobladores de la región.

Apoyamos un conjunto de derechos universales. Entre esos derechos se encuentran la libertad de expresión; la libertad de asamblea pacífica; la libertad de culto; la igualdad para hombres y mujeres ante la ley, y el derecho a escoger a los propios gobernantes, ya sea en Bagdad o Damasco, Saná o Teherán.

Y finalmente, apoyamos la reforma política y económica en el Oriente Medio y África del Norte que puede satisfacer las aspiraciones legítimas de la gente promedio en toda la región.

Nuestro respaldo de estos principios no es un interés secundario; hoy manifiesto claramente que es una prioridad primordial que debe traducirse en medidas concretas y respaldadas por todas las herramientas diplomáticas, económicas y estratégicas a nuestro alcance

Permítanme ser específico. En primer lugar, será política de Estados Unidos promover la reforma en toda la región y apoyar transiciones hacia la democracia.

Ese esfuerzo se inicia en Egipto y Túnez, donde hay mucho en juego, ya que Túnez estuvo a la vanguardia de esta ola democrática, y Egipto es aliado nuestro desde hace mucho tiempo y es el país más grande del mundo árabe. Ambos países pueden sentar un excelente ejemplo con elecciones libres e imparciales, una sociedad dinámica e instituciones democráticas eficaces y capaces de rendir cuentas, y liderazgo regional responsable. Pero nuestro respaldo también debe extenderse a los países donde aún no se han producido transiciones.

Desafortunadamente, en demasiados países, se ha respondido con violencia a los llamados al cambio. El ejemplo más extremo es Libia, donde Muamar Gadafi lanzó una guerra contra su propio pueblo, con la promesa de perseguirlos como ratas. Como dije cuando Estados Unidos se unió a una coalición internacional de intervención, no podemos impedir todas las injusticias que un régimen perpetra contra su pueblo, y la experiencia en Irak nos ha enseñado cuán costoso y difícil es imponer un cambio de régimen por la fuerza, a pesar de todas las buenas intenciones.

Pero en Libia, vimos la inminencia de una masacre, teníamos un mandato para actuar y escuchamos el llamado de ayuda del pueblo libio. Si no hubiésemos hecho algo al respecto, junto con nuestros aliados de la OTAN y la coalición regional, miles habrían muerto. El mensaje habría sido claro: retengan el poder matando a toda la gente que sea necesario. Ahora, el tiempo está en contra de Gadafi. No tiene control de su país. La oposición ha organizado un Consejo Interino legítimo y fidedigno. Y cuando Gadafi parta o lo depongan a la fuerza, décadas de provocación llegarán a su fin, y podrá empezar la transición a una Libia más democrática.

Aunque Libia ha enfrentado un alto nivel de violencia, no ha sido el único lugar donde los líderes han recurrido a la represión para permanecer en el poder. Recientemente, el régimen sirio escogió la vía del asesinato y el arresto en masa de sus ciudadanos. Estados Unidos ha condenado estos actos y, en colaboración con la comunidad internacional, hemos incrementado las sanciones contra el régimen sirio, incluidas las sanciones anunciadas ayer contra el Presidente Assad y aquellos a su alrededor.

El pueblo sirio ha demostrado su valentía al exigir una transición a la democracia. El Presidente Assad ahora tiene una opción: puede dirigir esta transición o puede dejar el camino libre. El gobierno sirio debe dejar de disparar contra los manifestantes y debe permitir protestas pacíficas; poner en libertad a presos políticos y dejar de realizar arrestos injustos; darles acceso a los observadores de derechos humanos a ciudades como Dara y dar inicio a un diálogo serio para promover una transición democrática. De lo contrario, el Presidente Assad y su régimen continuarán enfrentándose a la oposición en el interior y seguirán aislados en el exterior.

Hasta ahora, Siria ha seguido a su aliado, Irán, y solicitado asistencia de Teherán en tácticas de represión. Esto es evidencia de la hipocresía del régimen de Irán, que dice defender los derechos de manifestantes en el extranjero, pero toma represalias contra su pueblo dentro del país. Recordemos que las primeras manifestaciones pacíficas fueron en las calles de Teherán, donde el gobierno trató brutalmente a hombres y mujeres, y arrestó a gente inocente. Aún escuchamos el eco de consignas desde las azoteas de Teherán. La imagen de una mujer joven muriendo en la calle permanece en nuestras memorias. Y continuaremos insistiendo en que el pueblo iraní merece el respeto de sus derechos universales y un gobierno que no ahogue las aspiraciones de su gente.

Se conoce bien nuestra oposición a la intolerancia de Irán, como también a su programa nuclear ilícito y a su apoyo al terrorismo. Pero si Estados Unidos ha de ser digno de confianza, debemos reconocer que no todos nuestros amigos en la región han reaccionado a las exigencias de cambio según los principios que he descrito hoy. Ese fue el caso en Yemen, donde el Presidente Saleh debe cumplir con su promesa de transferir el poder. Y ese también es el caso ahora en Bahrein.

Bahrein es nuestro aliado desde hace tiempo y nos hemos comprometido con su seguridad. Reconocemos que Irán ha tratado de aprovecharse de los disturbios allí y que el gobierno de Bahrein tiene un interés legítimo en el estado de derecho. Sin embargo, hemos insistido pública y privadamente en que los arrestos en masa y la fuerza bruta van en contra de los derechos universales de los ciudadanos de Bahrein, y no harán que desaparezcan los llamados legítimos a la reforma. El único camino a seguir es que el gobierno y la oposición participen en un diálogo, y no es posible tener un verdadero diálogo cuando partes de la oposición pacífica están en la cárcel. El gobierno debe crear las condiciones para el diálogo, y la oposición debe participar en forjar un futuro justo para todos los bahreiníes.

Por cierto, una de las lecciones de más alcance que podemos aprender de este período es que las divisiones sectarias no necesariamente deben llevar al conflicto. En Irak vemos la promesa de una democracia de orígenes étnicos y sectas múltiples. Allí, el pueblo iraquí ha rechazado los peligros de la violencia política a favor de un proceso democrático, incluso mientras asume plena responsabilidad de su propia seguridad. Como todas las democracias emergentes, enfrentarán reveses. Pero Irak está listo para desempeñar una función clave en la región si continúa su progreso pacífico. Y cuando lo haga, será un orgullo para nosotros acompañarlo como firme aliado.

Entonces, en los próximos meses, Estados Unidos debe usar toda su influencia para fomentar las reformas en la región. Incluso mientras reconocemos que cada país es diferente, debemos pronunciarnos con franqueza sobre los principios en los que creemos, tanto con amigos como enemigos. Nuestro mensaje es simple: si asumen los riesgos que conlleva la reforma, contarán con el pleno respaldo de Estados Unidos. También debemos intensificar nuestros esfuerzos para ampliar nuestras relaciones más allá de las élites, para que podamos comunicarnos con las personas que forjarán el futuro, particularmente los jóvenes.

Continuaremos cumpliendo con las promesas que hice en El Cairo: crear redes de empresarios y aumentar los intercambios educativos; promover la cooperación en ciencias y tecnología, y combatir las enfermedades. En toda la región, nuestra intención es prestar ayuda a la sociedad, incluidos quienes no cuenten con aprobación oficial y quienes digan verdades que incomoden. Además, usaremos la tecnología para conectarnos con el pueblo y escuchar su voz.

De hecho, la verdadera reforma no se producirá tan solo en las urnas. Por medio de nuestros esfuerzos, debemos apoyar los derechos básicos de libre expresión y acceso a la información. Respondremos el libre acceso al Internet y el derecho de los periodistas a ser oídos, sean de una gran entidad noticiosa o un blogger. En el siglo XXI, la información es poder; no es posible esconder la verdad, y a fin de cuentas, la legitimidad de los gobiernos dependerá de ciudadanos activos e informados.

Ese diálogo abierto es importante incluso si lo que se dice no encaja en nuestra visión del mundo. Estados Unidos respeta el derecho de ser escuchadas de todas las voces pacíficas y respetuosas de la ley, incluso si no estamos de acuerdo con ellas. Estamos deseosos de trabajar con todos los que se comprometen con una democracia genuina que no excluya a nadie. A lo que sí nos oponemos será a cualquier intento por cualquier grupo de restringir los derechos de otros y de aferrarse al poder por medio de la coerción en vez del consentimiento. Pues la democracia no se basa solo en elecciones, sino en instituciones sólidas y responsables, y el respeto de los derechos de las minorías.

Esa tolerancia es de particular importancia con respecto a la libertad de culto. En la plaza Tahrir, oímos a egipcios de todas las esferas vitorear, "Musulmanes, cristianos, somos uno". Estados Unidos se esforzará para que ese espíritu prevalezca, se respeten todas las religiones y se tiendan puentes entre ellas. En una región que es la cuna de tres religiones mundiales, la intolerancia solo puede causar sufrimiento y estancamiento. Y para que esta temporada de cambio tenga éxito, los cristianos coptos deben tener el derecho de practicar su religión libremente en El Cairo y nunca se deben destruir mezquitas chiítas en Bahrein.

Y este respeto para las minorías religiosas también debe extenderse a los derechos de la mujer. La historia prueba que los países son más prósperos y pacíficos cuando se otorga poder a las mujeres. Por eso continuaremos

insistiendo en que los derechos universales se apliquen tanto a mujeres como a hombres, al asignar ayuda a la salud infantil y materna; ayudar a las mujeres a enseñar o abrir negocios, y respaldar el derecho de la mujer de tener voz y voto, y de postularse a cargos políticos. Porque la región nunca alcanzará su pleno potencial si no se permite que la mitad de su población alcance su potencial.

Y mientras promovemos la reforma política y los derechos humanos en la región, nuestros esfuerzos no pueden detenerse allí. Entonces, la segunda manera en que debemos respaldar los cambios positivos en la región es por medio de nuestros esfuerzos por promover el desarrollo económico de los países que realizan la transición a la democracia.

Al fin y al cabo, no fue solo la política lo que hizo que los manifestantes se volcaran a las calles. Lo decisivo para muchos es la incesante preocupación de alimentar y mantener a su familia. Demasiados en la región se despiertan cada día con mínimas expectativas, aparte de subsistir ese día y quizá la esperanza de que les cambie la suerte. En toda la región hay muchos jóvenes con una sólida educación, pero en una economía cerrada, no pueden encontrar trabajo. A los empresarios les sobran las ideas, pero la corrupción hace que no puedan beneficiarse de ellas.

El mayor recurso sin aprovechar en el Oriente Medio y el Norte de África es el talento de sus pobladores. En las protestas recientes, vemos desplegado ese talento, cuando la gente hace uso de la tecnología para conmover al mundo. No es coincidencia que uno de los líderes de la plaza Tahrir haya sido un ejecutivo de Google. Ahora es necesario canalizar esa energía, en un país tras otro, para que el crecimiento económico pueda hacer que se materialicen los logros de la calle. Así como la falta de oportunidades individuales suscita revoluciones democráticas, la expansión del crecimiento y la prosperidad amplia suscita transiciones democráticas exitosas.

De los sucesos mundiales, hemos aprendido que es importante enfocarse en el comercio y no solo en ayuda; en inversión y no solo en asistencia. El objetivo debe ser un modelo en que el proteccionismo da lugar a la apertura; en que unos pocos pasan las riendas del comercio a numerosas manos, y en que la economía genera empleos para los jóvenes. Por lo tanto, las bases del respaldo de Estados Unidos a la democracia serán asegurar la estabilidad financiera; promover la reforma, e integrar mercados competitivos unos con los otros, y con la economía internacional, comenzando con Túnez y Egipto.

En primer lugar le hemos pedido al Banco Mundial y al Fondo Monetario Internacional que presenten un plan en la cumbre de los G-8 la próxima semana sobre lo necesario para estabilizar y modernizar la economía de Túnez y Egipto. Juntos debemos ayudarlos a recuperarse de las perturbaciones de su levantamiento democrático y apoyar a los gobiernos que se elegirán más adelante este año. También estamos instando a otros países a que ayuden a Egipto y Túnez a atender sus necesidades financieras a corto plazo.

En segundo lugar, no queremos que un Egipto democrático se vea abrumado por las deudas de su pasado. Por lo tanto, aliviaremos a un Egipto democrático de hasta \$1,000 millones en deudas y trabajaremos con nuestros aliados egipcios para impartir estos recursos a fin de promover el crecimiento y la capacidad empresarial. Ayudaremos a Egipto a recuperar el acceso al mercado al garantizar \$1,000 millones en préstamos necesarios para financiar infraestructura y generar empleos. Y ayudaremos a los nuevos gobiernos democráticos a recuperar activos robados.

En tercer lugar, estamos trabajando con el Congreso para crear Fondos Empresariales a fin de invertir en Túnez y Egipto. Estos tendrán como modelo los fondos que apoyaron las transiciones en Europa Oriental tras la caída del Muro de Berlín. La Corporación para la Inversión Privada en el Extranjero (Overseas Private Investment Corporation u OPIC) abrirá dentro de poco una operación de \$2,000 millones para respaldar la inversión privada en toda la región. Y trabajaremos con nuestros aliados para reenfocar el Banco Europeo para la Reconstrucción y Desarrollo (European Bank for Reconstruction and Development), a fin de que proporcione el mismo apoyo que le brindó a Europa a transiciones democráticas y modernización económica en el Oriente Medio y el África del Norte.

En cuarto lugar, Estados Unidos lanzará un Programa de Sociedades para el Comercio y la Inversión (Trade and Investment Partnership Initiative), un programa integral para el Oriente Medio y el África del Norte. Si excluimos las exportaciones de petróleo, esta región de más de 400 millones de habitantes exporta aproximadamente la misma cantidad que Suiza. Así que trabajaremos con la Unión Europea para facilitar el comercio dentro de la región, ampliar los actuales acuerdos para promover la integración con los mercados de Estados Unidos y Europa, y abrir la puerta a los países que adoptan altos estándares de reforma y liberalización comercial con el fin de forjar un acuerdo regional de comercio. Al igual que la afiliación a la Unión Europea sirvió de incentivo para la reforma en Europa, la visión de una economía moderna y próspera será un poderoso aliciente para la reforma en el Oriente Medio y el África del Norte.

La prosperidad también requiere derrumbar los muros que impiden el progreso: la corrupción de las élites que les roban a su propio pueblo; la burocracia que impide que una idea se convierta en una empresa; el nepotismo que distribuye la riqueza en base a la tribu o la secta. Ayudaremos a los gobiernos a cumplir con sus obligaciones internacionales e invertir en campañas para combatir la corrupción; trabajaremos con legisladores que desarrollan reformas y activistas que usan la tecnología para hacer que el gobierno rinda cuentas por sus actos.

Permítanme terminar con la mención de otra piedra angular de nuestra estrategia para la región que se relaciona con la búsqueda de la paz.

Por décadas, el conflicto entre los israelíes y los árabes se ha cernido como una sombra sobre la región. Para los israelíes, ha significado vivir con el temor de que sus hijos pudieran morir en la explosión de un autobús o en un ataque con cohetes en su propia casa, y el dolor de saber que a los otros niños en la región se les enseña a odiarlos. Para los palestinos, ha significado sufrir la humillación de la ocupación y nunca vivir en un país propio. Más aun, este conflicto ha tenido un costo mayúsculo en el Oriente Medio, ya que impide sociedades que podrían llevar mayor seguridad, prosperidad y capacitación a la gente promedio.

Mi gobierno ha trabajado con las partes interesadas y la comunidad internacional por más de dos años para acabar con este conflicto, pero nuestras expectativas no se han hecho realidad. Continúa la construcción de asentamientos israelíes. Los palestinos han abandonado las negociaciones. El mundo observa un conflicto que lleva décadas y lo ve como un estancamiento. De hecho, hay quienes dicen que con todos los cambios e incertidumbre en la región, simplemente no es posible lograr avances.

No estoy de acuerdo. En esta coyuntura en que los pueblos del Oriente Medio y África del Norte están desechando las cargas del pasado, esforzarse por una paz duradera que termine el conflicto y resuelva todas las reclamaciones es más urgente que nunca.

Para los palestinos, los esfuerzos por negarle la legitimidad a Israel terminarán en el fracaso. Los actos simbólicos para aislar a Israel ante las Naciones Unidas en septiembre no crearán un estado independiente. Los líderes palestinos no lograrán la paz o prosperidad si Hamas insiste en un camino de terror y rechazo. Y los palestinos nunca lograrán su independencia si niegan el derecho de Israel a existir.

En cuanto a Israel, nuestra amistad tiene sus raíces en nuestra historia y valores compartidos. Nuestro compromiso con la seguridad de Israel es inquebrantable. Y nos mantendremos firmes ante los intentos de dirigir toda crítica hacia Israel en foros internacionales. Pero precisamente debido a nuestra amistad, es importante que digamos la verdad: el status quo no es sostenible, y por lo tanto Israel también debe ser audaz en sus acciones para avanzar una paz duradera.

De hecho, un número cada vez mayor de palestinos vive al oeste del río Jordán. La tecnología hará más difícil que Israel se defiendan. Una región que experimenta un cambio profundo llevará a un populismo bajo el cual millones de personas, no solo algunos líderes, tendrán que creer que la paz es posible. La comunidad internacional está harta de un proceso interminable que nunca produce resultados. El sueño de un estado judío democrático no puede hacerse realidad mediante una ocupación permanente.

A fin de cuentas, les corresponde a los israelíes y a los palestinos actuar. No se les puede imponer la paz, y los problemas no desaparecen si la solución se posterga indefinidamente. Pero lo que Estados Unidos y la comunidad internacional pueden hacer es decir francamente lo que todos saben, una paz duradera requerirá dos estados para dos pueblos. Israel como estado judío y territorio del pueblo judío, y el estado de Palestina como territorio del pueblo palestino, con reconocimiento mutuo, autodeterminación en cada estado, y paz.

Si bien es necesario negociar los asuntos centrales del conflicto, el fundamento de esas negociaciones es claro: una Palestina viable y un Israel seguro. Estados Unidos cree que las negociaciones deben producir dos estados, un estado palestino con fronteras permanentes con Israel, Jordania y Egipto, y un estado israelí con fronteras permanentes con Palestina. Las fronteras entre Israel y Palestina deben basarse en las fronteras de 1967 con demarcaciones mutuamente acordadas, para que se establezcan fronteras reconocidas y seguras para ambos estados. El pueblo palestino debe tener el derecho a la

autodeterminación y alcanzar su potencial como un estado soberano y contiguo.

En cuanto a la seguridad de Israel, todo estado tiene el derecho a defenderse, e Israel debe defenderse por sí misma de toda amenaza. Las cláusulas deben ser suficientemente estrictas para evitar el resurgimiento del terrorismo, detener la infiltración de armas y proporcionar eficaz control fronterizo. El retiro pleno y gradual de las tropas israelíes debe ser coordinado con la asunción por los palestinos de la responsabilidad de la seguridad en un estado soberano y desmilitarizado. La duración de este periodo de transición debe ser acordada y se debe poder demostrar la eficacia de las disposiciones de seguridad.

Estos principios proporcionan una base para las negociaciones. Los palestinos deben saber los contornos territoriales de su estado; los israelíes deben saber que se abordarán sus preocupaciones básicas respecto a la seguridad. Sé que estos pasos por sí solos no solucionarán este conflicto. Quedan dos asuntos que suscitan emociones profundas: el futuro de Jerusalén y de los refugiados palestinos. Pero avanzar ahora sobre las bases de territorio y seguridad proporcionará los cimientos para resolver esos dos asuntos de una manera justa e imparcial, y que respete los derechos y aspiraciones de israelíes y palestinos.

Reconocer que las negociaciones deben comenzar con los temas del territorio y la seguridad, no significa que será fácil retomar las negociaciones. En particular, el reciente anuncio de un acuerdo entre Fatah y Hamas lleva a una seria y legítima pregunta para Israel. Cómo puede uno negociar con alguien que se ha mostrado no estar dispuesto a reconocer su derecho de existir. En las semanas y los meses venideros, los líderes Palestinos tendrán que ofrecer respuestas creíbles a esas preguntas. Mientras tanto, los Estados Unidos, nuestros aliados del Cuarteto, y los países árabes tendrán que continuar todos los esfuerzos para poder superar el estancamiento actual.

Reconozco que será difícil lograrlo. La desconfianza y la hostilidad han pasado de generación en generación y a veces se han magnificado. Pero estoy convencido de que, en su mayoría, los israelíes y palestinos prefieren mirar hacia el futuro en lugar de quedarse atrapados en el pasado. Lo vemos en el espíritu del padre de un muchacho matado por Hamas, que ayudó a iniciar una organización que congregó a israelíes y palestinos que habían perdido a seres queridos. Dijo, "Gradualmente me di cuenta de que la única esperanza de poder progresar era reconocer el rostro del conflicto". Y lo vemos en los actos

de un palestino que perdió tres hijas en el bombardeo israelí en Gaza. Dijo: "Tengo el derecho de sentir ira. Mucha gente espera que sienta odio. Mi respuesta a ellos es que no odiaré... Tengamos esperanza para el mañana".

Esa es la decisión que se debe tomar, no simplemente en este conflicto, sino en toda la región. Escoger entre el odio y la esperanza. Entre las cadenas del pasado, y la promesa del futuro. Es una decisión que deben tomar los líderes y los pueblos. Y es una decisión que definirá el futuro de una región que fue la cuna de la civilización y un crisol del conflicto.

A pesar de todos los retos por delante, tenemos muchas razones para tener esperanza. En Egipto, la vemos en los esfuerzos de los jóvenes que encabezaron las protestas. En Siria la vemos en quienes se enfrentan a las balas con valentía mientras cantan "en paz, en paz". En Bengasi, una ciudad que ha sido amenazada varias veces con la destrucción, lo vemos en la plaza del tribunal, donde la gente se congrega para celebrar libertades de las que nunca antes habían gozado. En toda la región, esos derechos que tomamos por descontado, los reclaman con alegría quienes están haciendo que la mano de hierro finalmente se ablande.

Para el pueblo estadounidense, las escenas de insurgencia en la región tal vez sean motivo de preocupación, pero las fuerzas que las inspiran son familiares. Nuestra nación fue fundada tras rebelarnos contra un imperio. Nuestro pueblo luchó en una dolorosa guerra civil que extendió la libertad y dignidad a los esclavos. Y yo no estaría aquí si generaciones pasadas no hubieran recurrido a la fuerza moral de la no violencia como una manera de perfeccionar nuestro país, al organizarse, marchar y protestar juntas y pacíficamente para hacer realidad esas palabras de la declaración de nuestra independencia: "Consideramos evidentes estos principios. Que todos los hombres son creados iguales".

Estas palabras deben guiar nuestra respuesta a los cambios que están transformando el Oriente Medio y el África del Norte, palabras que nos dicen que la represión fracasa, que caen los tiranos y que todo hombre y mujer debe gozar de ciertos derechos inalienables. No será fácil. No hay camino directo al progreso, y los momentos de esperanza siempre están acompañados de periodos de dificultad. Pero Estados Unidos de Norteamérica se fundó en base al principio de que los pueblos deben gobernarse a sí mismos. Ahora no podemos dudar de defender firmemente a quienes están haciendo valer sus derechos, pues sabemos que su éxito traerá como consecuencia un mundo más pacífico, más estable y más justo.

###

THE WHITE HOUSE

Office of the Press Secretary

IMMEDIATE RELEASE

May 19, 2011

Remarks of President Barack Obama – As Prepared for Delivery

“A Moment of Opportunity”

U.S. Department of State

May 19, 2011

As Prepared for Delivery –

I want to thank Hillary Clinton, who has traveled so much these last six months that she is approaching a new landmark – one million frequent flyer miles. I count on Hillary every day, and I believe that she will go down as one of the finest Secretaries of State in our nation’s history.

The State Department is a fitting venue to mark a new chapter in American diplomacy. For six months, we have witnessed an extraordinary change take place in the Middle East and North Africa. Square by square; town by town; country by country; the people have risen up to demand their basic human rights. Two leaders have stepped aside. More may follow. And though these countries may be a great distance from our shores, we know that our own

future is bound to this region by the forces of economics and security; history and faith.

Today, I would like to talk about this change – the forces that are driving it, and how we can respond in a way that advances our values and strengthens our security. Already, we have done much to shift our foreign policy following a decade defined by two costly conflicts. After years of war in Iraq, we have removed 100,000 American troops and ended our combat mission there. In Afghanistan, we have broken the Taliban's momentum, and this July we will begin to bring our troops home and continue transition to Afghan lead. And after years of war against al Qaeda and its affiliates, we have dealt al Qaeda a huge blow by killing its leader – Osama bin Laden.

Bin Laden was no martyr. He was a mass murderer who offered a message of hate – an insistence that Muslims had to take up arms against the West, and that violence against men, women and children was the only path to change. He rejected democracy and individual rights for Muslims in favor of violent extremism; his agenda focused on what he could destroy – not what he could build.

Bin Laden and his murderous vision won some adherents. But even before his death, al Qaeda was losing its struggle for relevance, as the overwhelming majority of people saw that the slaughter of innocents did not answer their cries for a better life. By the time we found bin Laden, al Qaeda's agenda had come to be seen by the vast majority of the region as a dead end, and the people of the Middle East and North Africa had taken their future into their own hands.

That story of self-determination began six months ago in Tunisia. On December 17, a young vendor named Mohammed Bouazizi was devastated when a police officer confiscated his cart. This was not unique. It is the same kind of humiliation that takes place every day in many parts of the world – the relentless tyranny of governments that deny their citizens dignity. Only this time, something different happened. After local officials refused to hear his complaint, this young man who had never been particularly active in politics went to the headquarters of the provincial government, doused himself in fuel, and lit himself on fire.

Sometimes, in the course of history, the actions of ordinary citizens spark movements for change because they speak to a longing for freedom that has built up for years. In America, think of the defiance of those patriots in Boston who refused to pay taxes to a King, or the dignity of Rosa Parks as she sat courageously in her seat. So it was in Tunisia, as that vendor's act of desperation tapped into the frustration felt throughout the country. Hundreds of protesters took to the streets, then thousands. And in the face of batons and sometimes bullets, they refused to go home – day after day, week after week, until a dictator of more than two decades finally left power.

The story of this Revolution, and the ones that followed, should not have come as a surprise. The nations of the Middle East and North Africa won their independence long ago, but in too many places their people did not. In too many countries, power has been concentrated in the hands of the few. In too many countries, a citizen like that young vendor had nowhere to turn – no honest judiciary to hear his case; no independent media to give him voice; no credible political party to represent his views; no free and fair election where he could choose his leader.

This lack of self determination – the chance to make of your life what you will – has applied to the region's economy as well. Yes, some nations are blessed with wealth in oil and gas, and that has led to pockets of prosperity. But in a global economy based on knowledge and innovation, no development strategy can be based solely upon what comes out of the ground. Nor can people reach their potential when you cannot start a business without paying a bribe.

In the face of these challenges, too many leaders in the region tried to direct their people's grievances elsewhere. The West was blamed as the source of all ills, a half century after the end of colonialism. Antagonism toward Israel became the only acceptable outlet for political expression. Divisions of tribe, ethnicity and religious sect were manipulated as a means of holding on to power, or taking it away from somebody else.

But the events of the past six months show us that strategies of repression and diversion won't work anymore. Satellite television and the Internet provide a window into the wider world – a world of astonishing progress in places like India, Indonesia and Brazil. Cell phones and social networks allow young people to connect and organize like never before. A new generation has emerged. And their voices tell us that change cannot be denied.

In Cairo, we heard the voice of the young mother who said, "It's like I can finally breathe fresh air for the first time."

In Sanaa, we heard the students who chanted, "The night must come to an end."

In Benghazi, we heard the engineer who said, "Our words are free now. It's a feeling you can't explain."

In Damascus, we heard the young man who said, "After the first yelling, the first shout, you feel dignity."

Those shouts of human dignity are being heard across the region. And through the moral force of non-violence, the people of the region have achieved more change in six months than terrorists have accomplished in decades.

Of course, change of this magnitude does not come easily. In our day and age – a time of 24 hour news cycles, and constant communication – people expect the transformation of the region to be resolved in a matter of weeks. But it will be years before this story reaches its end. Along the way, there will be good days, and bad days. In some places, change will be swift; in others, gradual. And as we have seen, calls for change may give way to fierce contests for power.

The question before us is what role America will play as this story unfolds. For decades, the United States has pursued a set of core interests in the region: countering terrorism and stopping the spread of nuclear weapons; securing the free flow of commerce, and safe-guarding the security of the region; standing up for Israel's security and pursuing Arab-Israeli peace.

We will continue to do these things, with the firm belief that America's interests are not hostile to peoples' hopes; they are essential to them. We believe that no one benefits from a nuclear arms race in the region, or al Qaeda's brutal attacks. People everywhere would see their economies crippled

by a cut off in energy supplies. As we did in the Gulf War, we will not tolerate aggression across borders, and we will keep our commitments to friends and partners.

Yet we must acknowledge that a strategy based solely upon the narrow pursuit of these interests will not fill an empty stomach or allow someone to speak their mind. Moreover, failure to speak to the broader aspirations of ordinary people will only feed the suspicion that has festered for years that the United States pursues our own interests at their expense. Given that this mistrust runs both ways – as Americans have been seared by hostage taking, violent rhetoric, and terrorist attacks that have killed thousands of our citizens – a failure to change our approach threatens a deepening spiral of division between the United States and Muslim communities.

That's why, two years ago in Cairo, I began to broaden our engagement based upon mutual interests and mutual respect. I believed then – and I believe now – that we have a stake not just in the stability of nations, but in the self-determination of individuals. The status quo is not sustainable. Societies held together by fear and repression may offer the illusion of stability for a time, but they are built upon fault lines that will eventually tear asunder.

So we face an historic opportunity. We have embraced the chance to show that America values the dignity of the street vendor in Tunisia more than the raw power of the dictator. There must be no doubt that the United States of America welcomes change that advances self-determination and opportunity. Yes, there will be perils that accompany this moment of promise. But after decades of accepting the world as it is in the region, we have a chance to pursue the world as it should be.

As we do, we must proceed with a sense of humility. It is not America that put people into the streets of Tunis and Cairo – it was the people themselves who launched these movements, and must determine their outcome. Not every country will follow our particular form of representative democracy, and there will be times when our short term interests do not align perfectly with our long term vision of the region. But we can – and will – speak out for a set of core principles – principles that have guided our response to the events over the past six months:

The United States opposes the use of violence and repression against the people of the region.

We support a set of universal rights. Those rights include free speech; the freedom of peaceful assembly; freedom of religion; equality for men and women under the rule of law; and the right to choose your own leaders – whether you live in Baghdad or Damascus; Sanaa or Tehran.

And finally, we support political and economic reform in the Middle East and North Africa that can meet the legitimate aspirations of ordinary people throughout the region.

Our support for these principles is not a secondary interest– today I am making it clear that it is a top priority that must be translated into concrete actions, and supported by all of the diplomatic, economic and strategic tools at our disposal.

Let me be specific. First, it will be the policy of the United States to promote reform across the region, and to support transitions to democracy.

That effort begins in Egypt and Tunisia, where the stakes are high –as Tunisia was at the vanguard of this democratic wave, and Egypt is both a longstanding partner and the Arab World’s largest nation. Both nations can set a strong example through free and fair elections; a vibrant civil society; accountable and effective democratic institutions; and responsible regional leadership. But our support must also extend to nations where transitions have yet to take place.

Unfortunately, in too many countries, calls for change have been answered by violence. The most extreme example is Libya, where Moammar Gaddafi launched a war against his people, promising to hunt them down like rats. As I said when the United States joined an international coalition to intervene, we cannot prevent every injustice perpetrated by a regime against its people, and we have learned from our experience in Iraq just how costly and difficult it is to impose regime change by force – no matter how well-intended it may be.

But in Libya, we saw the prospect of imminent massacre, had a mandate for action, and heard the Libyan people's call for help. Had we not acted along with our NATO allies and regional coalition partners, thousands would have been killed. The message would have been clear: keep power by killing as many people as it takes. Now, time is working against Gaddafi. He does not have control over his country. The opposition has organized a legitimate and credible Interim Council. And when Gaddafi inevitably leaves or is forced from power, decades of provocation will come to an end, and the transition to a democratic Libya can proceed.

While Libya has faced violence on the greatest scale, it is not the only place where leaders have turned to repression to remain in power. Most recently, the Syrian regime has chosen the path of murder and the mass arrests of its citizens. The United States has condemned these actions, and working with the international community we have stepped up our sanctions on the Syrian regime – including sanctions announced yesterday on President Assad and those around him.

The Syrian people have shown their courage in demanding a transition to democracy. President Assad now has a choice: he can lead that transition, or get out of the way. The Syrian government must stop shooting demonstrators and allow peaceful protests; release political prisoners and stop unjust arrests; allow human rights monitors to have access to cities like Dara'a; and start a serious dialogue to advance a democratic transition. Otherwise, President Assad and his regime will continue to be challenged from within and isolated abroad

Thus far, Syria has followed its Iranian ally, seeking assistance from Tehran in the tactics of suppression. This speaks to the hypocrisy of the Iranian regime, which says it stand for the rights of protesters abroad, yet suppresses its people at home. Let us remember that the first peaceful protests were in the streets of Tehran, where the government brutalized women and men, and threw innocent people into jail. We still hear the chants echo from the rooftops of Tehran. The image of a young woman dying in the streets is still seared in our memory. And we will continue to insist that the Iranian people deserve their universal rights, and a government that does not smother their aspirations.

Our opposition to Iran's intolerance – as well as its illicit nuclear program, and its sponsorship of terror – is well known. But if America is to be credible, we

must acknowledge that our friends in the region have not all reacted to the demands for change consistent with the principles that I have outlined today. That is true in Yemen, where President Saleh needs to follow through on his commitment to transfer power. And that is true, today, in Bahrain.

Bahrain is a long-standing partner, and we are committed to its security. We recognize that Iran has tried to take advantage of the turmoil there, and that the Bahraini government has a legitimate interest in the rule of law. Nevertheless, we have insisted publically and privately that mass arrests and brute force are at odds with the universal rights of Bahrain's citizens, and will not make legitimate calls for reform go away. The only way forward is for the government and opposition to engage in a dialogue, and you can't have a real dialogue when parts of the peaceful opposition are in jail. The government must create the conditions for dialogue, and the opposition must participate to forge a just future for all Bahrainis.

Indeed, one of the broader lessons to be drawn from this period is that sectarian divides need not lead to conflict. In Iraq, we see the promise of a multi-ethnic, multi-sectarian democracy. There, the Iraqi people have rejected the perils of political violence for a democratic process, even as they have taken full responsibility for their own security. Like all new democracies, they will face setbacks. But Iraq is poised to play a key role in the region if it continues its peaceful progress. As they do, we will be proud to stand with them as a steadfast partner.

So in the months ahead, America must use all our influence to encourage reform in the region. Even as we acknowledge that each country is different, we will need to speak honestly about the principles that we believe in, with friend and foe alike. Our message is simple: if you take the risks that reform entails, you will have the full support of the United States. We must also build on our efforts to broaden our engagement beyond elites, so that we reach the people who will shape the future – particularly young people.

We will continue to make good on the commitments that I made in Cairo – to build networks of entrepreneurs, and expand exchanges in education; to foster cooperation in science and technology, and combat disease. Across the region, we intend to provide assistance to civil society, including those that may not be officially sanctioned, and who speak uncomfortable truths. And we will use the technology to connect with – and listen to – the voices of the people.

In fact, real reform will not come at the ballot box alone. Through our efforts we must support those basic rights to speak your mind and access information. We will support open access to the Internet, and the right of journalists to be heard – whether it’s a big news organization or a blogger. In the 21st century, information is power; the truth cannot be hidden; and the legitimacy of governments will ultimately depend on active and informed citizens.

Such open discourse is important even if what is said does not square with our worldview. America respects the right of all peaceful and law-abiding voices to be heard, even if we disagree with them. We look forward to working with all who embrace genuine and inclusive democracy. What we will oppose is an attempt by any group to restrict the rights of others, and to hold power through coercion – not consent. Because democracy depends not only on elections, but also strong and accountable institutions, and respect for the rights of minorities.

Such tolerance is particularly important when it comes to religion. In Tahrir Square, we heard Egyptians from all walks of life chant, “Muslims, Christians, we are one.” America will work to see that this spirit prevails – that all faiths are respected, and that bridges are built among them. In a region that was the birthplace of three world religions, intolerance can lead only to suffering and stagnation. And for this season of change to succeed, Coptic Christians must have the right to worship freely in Cairo, just as Shia must never have their mosques destroyed in Bahrain.

What is true for religious minorities is also true when it comes to the rights of women. History shows that countries are more prosperous and peaceful when women are empowered. That is why we will continue to insist that universal rights apply to women as well as men – by focusing assistance on child and maternal health; by helping women to teach, or start a business; by standing up for the right of women to have their voices heard, and to run for office. For the region will never reach its potential when more than half its population is prevented from achieving their potential.

Even as we promote political reform and human rights in the region, our efforts cannot stop there. So the second way that we must support positive change in the region is through our efforts to advance economic development for nations that transition to democracy.

After all, politics alone has not put protesters into the streets. The tipping point for so many people is the more constant concern of putting food on the table and providing for a family. Too many in the region wake up with few expectations other than making it through the day, and perhaps the hope that their luck will change. Throughout the region, many young people have a solid education, but closed economies leave them unable to find a job. Entrepreneurs are brimming with ideas, but corruption leaves them unable to profit from them.

The greatest untapped resource in the Middle East and North Africa is the talent of its people. In the recent protests, we see that talent on display, as people harness technology to move the world. It's no coincidence that one of the leaders of Tahrir Square was an executive for Google. That energy now needs to be channeled, in country after country, so that economic growth can solidify the accomplishments of the street. Just as democratic revolutions can be triggered by a lack of individual opportunity, successful democratic transitions depend upon an expansion of growth and broad-based prosperity.

Drawing from what we've learned around the world, we think it's important to focus on trade, not just aid; and investment, not just assistance. The goal must be a model in which protectionism gives way to openness; the reigns of commerce pass from the few to the many, and the economy generates jobs for the young. America's support for democracy will therefore be based on ensuring financial stability; promoting reform; and integrating competitive markets with each other and the global economy – starting with Tunisia and Egypt.

First, we have asked the World Bank and the International Monetary Fund to present a plan at next week's G-8 summit for what needs to be done to stabilize and modernize the economies of Tunisia and Egypt. Together, we must help them recover from the disruption of their democratic upheaval, and support the governments that will be elected later this year. And we are urging other countries to help Egypt and Tunisia meet its near-term financial needs.

Second, we do not want a democratic Egypt to be saddled by the debts of its past. So we will relieve a democratic Egypt of up to \$1 billion in debt, and work with our Egyptian partners to invest these resources to foster growth and entrepreneurship. We will help Egypt regain access to markets by guaranteeing \$1 billion in borrowing that is needed to finance infrastructure and job

creation. And we will help newly democratic governments recover assets that were stolen.

Third, we are working with Congress to create Enterprise Funds to invest in Tunisia and Egypt. These will be modeled on funds that supported the transitions in Eastern Europe after the fall of the Berlin Wall. OPIC will soon launch a \$2 billion facility to support private investment across the region. And we will work with allies to refocus the European Bank for Reconstruction and Development so that it provides the same support for democratic transitions and economic modernization in the Middle East and North Africa as it has in Europe.

Fourth, the United States will launch a comprehensive Trade and Investment Partnership Initiative in the Middle East and North Africa. If you take out oil exports, this region of over 400 million people exports roughly the same amount as Switzerland. So we will work with the EU to facilitate more trade within the region, build on existing agreements to promote integration with U.S. and European markets, and open the door for those countries who adopt high standards of reform and trade liberalization to construct a regional trade arrangement. Just as EU membership served as an incentive for reform in Europe, so should the vision of a modern and prosperous economy create a powerful force for reform in the Middle East and North Africa.

Prosperity also requires tearing down walls that stand in the way of progress – the corruption of elites who steal from their people; the red tape that stops an idea from becoming a business; the patronage that distributes wealth based on tribe or sect. We will help governments meet international obligations, and invest efforts anti-corruption; by working with parliamentarians who are developing reforms, and activists who use technology to hold government accountable.

Let me conclude by talking about another cornerstone of our approach to the region, and that relates to the pursuit of peace.

For decades, the conflict between Israelis and Arabs has cast a shadow over the region. For Israelis, it has meant living with the fear that their children could get blown up on a bus or by rockets fired at their homes, as well as the pain of knowing that other children in the region are taught to hate them. For Palestinians, it has meant suffering the humiliation of occupation, and never

living in a nation of their own. Moreover, this conflict has come with a larger cost the Middle East, as it impedes partnerships that could bring greater security, prosperity, and empowerment to ordinary people.

My Administration has worked with the parties and the international community for over two years to end this conflict, yet expectations have gone unmet. Israeli settlement activity continues. Palestinians have walked away from talks. The world looks at a conflict that has grinded on for decades, and sees a stalemate. Indeed, there are those who argue that with all the change and uncertainty in the region, it is simply not possible to move forward.

I disagree. At a time when the people of the Middle East and North Africa are casting off the burdens of the past, the drive for a lasting peace that ends the conflict and resolves all claims is more urgent than ever.

For the Palestinians, efforts to delegitimize Israel will end in failure. Symbolic actions to isolate Israel at the United Nations in September won't create an independent state. Palestinian leaders will not achieve peace or prosperity if Hamas insists on a path of terror and rejection. And Palestinians will never realize their independence by denying the right of Israel to exist.

As for Israel, our friendship is rooted deeply in a shared history and shared values. Our commitment to Israel's security is unshakeable. And we will stand against attempts to single it out for criticism in international forums. But precisely because of our friendship, it is important that we tell the truth: the status quo is unsustainable, and Israel too must act boldly to advance a lasting peace.

The fact is, a growing number of Palestinians live west of the Jordan River. Technology will make it harder for Israel to defend itself. A region undergoing profound change will lead to populism in which millions of people – not just a few leaders – must believe peace is possible. The international community is tired of an endless process that never produces an outcome. The dream of a Jewish and democratic state cannot be fulfilled with permanent occupation.

Ultimately, it is up to Israelis and Palestinians to take action. No peace can be imposed upon them, nor can endless delay make the problem go away. But

what America and the international community can do is state frankly what everyone knows: a lasting peace will involve two states for two peoples. Israel as a Jewish state and the homeland for the Jewish people, and the state of Palestine as the homeland for the Palestinian people; each state enjoying self-determination, mutual recognition, and peace.

So while the core issues of the conflict must be negotiated, the basis of those negotiations is clear: a viable Palestine, and a secure Israel. The United States believes that negotiations should result in two states, with permanent Palestinian borders with Israel, Jordan, and Egypt, and permanent Israeli borders with Palestine. The borders of Israel and Palestine should be based on the 1967 lines with mutually agreed swaps, so that secure and recognized borders are established for both states. The Palestinian people must have the right to govern themselves, and reach their potential, in a sovereign and contiguous state.

As for security, every state has the right to self-defense, and Israel must be able to defend itself – by itself – against any threat. Provisions must also be robust enough to prevent a resurgence of terrorism; to stop the infiltration of weapons; and to provide effective border security. The full and phased withdrawal of Israeli military forces should be coordinated with the assumption of Palestinian security responsibility in a sovereign, non-militarized state. The duration of this transition period must be agreed, and the effectiveness of security arrangements must be demonstrated.

These principles provide a foundation for negotiations. Palestinians should know the territorial outlines of their state; Israelis should know that their basic security concerns will be met. I know that these steps alone will not resolve this conflict. Two wrenching and emotional issues remain: the future of Jerusalem, and the fate of Palestinian refugees. But moving forward now on the basis of territory and security provides a foundation to resolve those two issues in a way that is just and fair, and that respects the rights and aspirations of Israelis and Palestinians.

Recognizing that negotiations need to begin with the issues of territory and security does not mean that it will be easy to come back to the table. In particular, the recent announcement of an agreement between Fatah and Hamas raises profound and legitimate questions for Israel – how can one negotiate with a party that has shown itself unwilling to recognize your right to exist. In the weeks and months to come, Palestinian leaders will have to provide a credible answer to that question. Meanwhile, the United States, our

Quartet partners, and the Arab states will need to continue every effort to get beyond the current impasse.

I recognize how hard this will be. Suspicion and hostility has been passed on for generations, and at times it has hardened. But I'm convinced that the majority of Israelis and Palestinians would rather look to the future than be trapped in the past. We see that spirit in the Israeli father whose son was killed by Hamas, who helped start an organization that brought together Israelis and Palestinians who had lost loved ones. He said, "I gradually realized that the only hope for progress was to recognize the face of the conflict." And we see it in the actions of a Palestinian who lost three daughters to Israeli shells in Gaza. "I have the right to feel angry," he said. "So many people were expecting me to hate. My answer to them is I shall not hate...Let us hope," he said, "for tomorrow"

That is the choice that must be made – not simply in this conflict, but across the entire region – a choice between hate and hope; between the shackles of the past, and the promise of the future. It's a choice that must be made by leaders and by people, and it's a choice that will define the future of a region that served as the cradle of civilization and a crucible of strife.

For all the challenges that lie ahead, we see many reasons to be hopeful. In Egypt, we see it in the efforts of young people who led protests. In Syria, we see it in the courage of those who brave bullets while chanting, 'peaceful,' 'peaceful.' In Benghazi, a city threatened with destruction, we see it in the courthouse square where people gather to celebrate the freedoms that they had never known. Across the region, those rights that we take for granted are being claimed with joy by those who are prying loose the grip of an iron fist.

For the American people, the scenes of upheaval in the region may be unsettling, but the forces driving it are not unfamiliar. Our own nation was founded through a rebellion against an empire. Our people fought a painful civil war that extended freedom and dignity to those who were enslaved. And I would not be standing here today unless past generations turned to the moral force of non-violence as a way to perfect our union – organizing, marching, and protesting peacefully together to make real those words that declared our nation: "We hold these truths to be self evident, that all men are created equal."

Those words must guide our response to the change that is transforming the Middle East and North Africa – words which tell us that repression will fail, that tyrants will fall, and that every man and woman is endowed with certain inalienable rights. It will not be easy. There is no straight line to progress, and hardship always accompanies a season of hope. But the United States of America was founded on the belief that people should govern themselves. Now, we cannot hesitate to stand squarely on the side of those who are reaching for their rights, knowing that their success will bring about a world that is more peaceful, more stable, and more just.